

ideas. Sin saber por qué, recordó uno de sus juegos en el Hospicio. Los muchachos cogían una mosca, la arrancaban las alas, y empujábanla después, pretendiendo que volase.

¡Ay! él era como aquella mosca. Le habían arrancado las alas; le habían arrebatado las armas naturales para la lucha por la vida. Hubiese sido mejor dejarle en las profundidades sociales donde había nacido, dedicado al trabajo manual como sus ascendientes. Sus brazos serían fuertes; sus manos estarían duras; no le faltaría el pan. Atravesaba Madrid con el rubor del pedigüño, con la vileza del mendigo de levita, inventando embustes para comer, mientras los hambrientos de blusa encontraban siempre un medio para satisfacer su hambre. Aquí, ayudaban á descargar un carro, más allá, abrían la portezuela de un carruaje, pedían á todos, y las manos caritativas daban y daban, como si la tosquedad del trabajador manual despertase mayor compasión. Él vagaba encogido, vergonzoso, sin otro recurso que asediarse á los amigos con el espectáculo de su miseria y se oía llamar sablista inaguantable, mientras el otro era el pobre obrero, merecedor de protección.

¡Ay! ¡aquella pobre señora que le había transplantado!... ¡Cuánto daño le hizo sin saberlo! Pensaba en ella con agradecimiento, pero decíase que hubiera sido mejor no conocerla nunca, no haber abierto un libro, pasar del Hospicio al aprendizaje. Ahora sería oficial de albañil: su Felí le llevaría la cesta á la obra como la llevaba su madre: comerían en una acera, en un paseo, sin otra aspiración que la alegría de satisfacer las necesidades del cuerpo. Hasta los peligros de muerte constituían una ventaja. La caída del andamio, el derrumbamiento de un piso, eran medios para salir

rápido de este mundo de miserias, acabando de una vez.

Todo resultaba preferible á su existencia actual, á su situación ambigua, sin el mendrugo de los de abajo, ni el bienestar que gozan los de arriba. Ni era de los siervos alimentados, ni de los señores que dominan.

Había estudiado para ser infeliz, para conocer y paladear todas las fealdades de la existencia. No podía creer en las mentiras aceptadas por la buena fe de los humildes. La instrucción le había servido para rozarse con los privilegiados, conociendo las abundancias que les rodean. Carecía de vigor físico para trabajar como un hombre; era un enclenque debilitado por el estudio, y el desarrollo de su pensamiento no le servía para abrirse paso.

¡Pobre mosca mutilada! Le habían arrancado las alas de su nacimiento, y la mala suerte se divertía empujándole, gritando: ¡vuela!... ¿Cómo iba á remontarse? Estaba vencido sin remedio; caído en el suelo, sin fuerzas para moverse. El estudio desordenado y ansioso, sólo servía para anular su voluntad. Pasaba la existencia enterándose de lo que miles de seres pensaron á través de los siglos, y cuando las necesidades de la vida le impulsaban á la acción, encontrábase desarmado, sin fuerzas para seguir su camino.

La sombra que le envolvía al pensar esto, era una imagen de su existencia. ¡Todo negro! ¿Adónde ir? ¿Qué hacer?... Y como si su propia desgracia no le bastase, el amor había unido á él una infeliz, cuyo único delito era quererle y admirarle; la había colgado de su brazo, para que marchase con más dificultad, tropezando á cada paso, tirando penosamente de esta compañera, que al principio

era la alegría y se trocaba poco á poco en una cadena que arrastraba tras él, impidiéndole avanzar... Todo lo veía negro, con la lobreguez de una miseria á cuyo fin estaba la muerte. Deseaba morir, acabar de una vez esta existencia sin objeto, dar fin á una vida fracasada, irresistible y penosa, como una equivocación de la suerte. Pero, ¿y ella? ¿y la dulce compañera que había abandonado la órbita de su existencia, para seguirle, arrebatada por la atracción de su mala fortuna?...

Maltrana, escuchando la respiración de Feli, palpando en la sombra su cuerpo desfigurado por la maternidad, experimentó el mismo remordimiento que si la hubiese asesinado, y tuviera el cadáver tendido junto á él. Sintió la cobardía de aquella tarde ante el espacio cubierto de nieve; un empequeñecimiento de niño abandonado, un deseo de achicarse, de dejar de ser hombre, de convertirse en un insecto, en una planta, en una piedra, en algo que estuviese por debajo de las crueldades humanas; y rompió á llorar silenciosamente, permaneciendo entre el sueño y el doloroso desvelo, víctima de pavorosas alucinaciones, hasta que se filtró la luz del día por las rendijas de la ventana.

Al volver de Madrid en la tarde siguiente, pisando la nieve, convertida en fango, encontró su vivienda en revolución. Venía alegre: había logrado reunir unas cuantas pesetas, pero olvidó su gozo al ver á la Teodora con otras gitanas en torno de Feli, que estaba en el lecho, sumida en el sopor de la crisis.

Habiase repetido el ataque. La enferma tenía en la frente una contusión que denunciaba su caída al suelo. Las gitanas, advertidas por una vecina, habían corrido en su auxilio.

La Teodora fruncía el ceño al hablar al joven... Don Isidro, la pobre *Señorita* estaba muy enferma: estos ataques iban á repetirse con frecuencia. Eran cosas del embarazo que se presentaba muy mal. Según su cuenta, faltaba un mes para que Feli llegase al parto, pero este mes era de grandes peligros. No tenían dinero para pagar á un médico; allí faltaba todo. El tenía que salir á ganarse el pan, ellas podían hacer un favor de vez en cuando, como buenas cristianas que eran, aunque gitanas; pero esto no era posible á todas horas, pues sus casas y familias también exigían cuidados.

—En fin, don Isidro—dijo la gitana.—Que hay que tomar una resolución. Pecho al agua: algo durilla es la cosa, pero yo creo que la probe *Señorita* estaría mejó en el hospital.

¡El hospital! Maltrana quedó aturdido, como si esta palabra equivaliese á un golpe... Pasado un rato, pudo reflexionar. ¡El hospital! ¿y por qué no? Lo habían hecho para las gentes como ellos: era un lugar de delicias, comparado con esta habitación desmantelada, en cuyos rincones creía ver encogidos los espectros del hambre y el dolor... En él habían muerto sus padres.

Pasó aquella noche sin acostarse, velando á Feli, que había recobrado sus facultades, pero apenas podía hablar. Su lengua estaba hinchada, con grandes rasguños, por habérsela mordido durante la crisis.

Isidro se explicó tímidamente mientras ella lo contemplaba silenciosa, con sus ojos que parecían agrandados por los recientes espasmos. Allí estaba muy mal: podía morir abandonada durante una ausencia suya, lo mismo que morían los irracionales, y él estremecíase sólo al pensarlo. ¡No, no!...

Y gesticulaba enérgicamente, como si la viese ya en su imaginación, muriendo durante la noche, sin otro socorro que los gritos y las carreras del amante, enloquecido por la desgracia.

—Yó no sé cómo decírtelo, nena—murmuró con voz temblona, haciendo largas pausas.—Hay que tener valor... apreciar las cosas tales como son. Lo que voy á decirte, no es más que una idea... si tú no quieres, no será... Podías entrar en el hospital... No; no te asustes. No en el hospital adonde van todos: en las clínicas, en la Facultad. Yo tengo buenos amigos de mis tiempos de estudiante... Te verían los catedráticos... todos unos sabios. Asuntó de permanecer allí un mes cuando más. Tendrías la criatura, rodeada de más cuidados que aquí... sanarias, y luego... luego continuaríamos nuestra vida más feliz que ahora, pues la mala suerte no va á atormentarnos siempre.

Isidro esperaba una explosión de llanto, la protesta de una repugnancia instintiva, y quedó asombrado, al ver la inmovilidad del rostro de Feli, sus ojos, fijos y tristes, puestos en él. Tras una larga pausa, bajó la cabeza en señal de afirmación. Sí que aceptaba: iría al hospital, pero sin participar de los optimismos del joven.

—No siento—murmuró moviendo su lengua con gran dificultad—no siento más que el no verte... y el que tal vez no volveremos á vernos nunca.

—¡Feli de mi alma!—gritó Isidro.—No digas eso; no lo creas, nena mía. Volveremos á ser felices. Verás qué bien te tratan allí.

A la mañana siguiente, Maltrana, salió muy temprano, dirigiéndose á la calle de Atocha, para esperar, en la puerta de San Carlos, á un antiguo camarada de la época estudiantil, que ya era doctor y ayudante de una clínica.

Apellidábase Noguerras, y era un joven de carácter alegre, pequeño de cuerpo, con lentes de grueso cristal, que tomaba á broma los lances de la vida, como si la curase de todo espanto el diario espectáculo de las miserias y desarreglos de la máquina humana.

No había visto á Isidro en mucho tiempo, y al reconocerle en la puerta de la Facultad de Medicina, le echó los brazos al cuello riendo de su facha miserable.

—Eso de la literatura debe de ir mal—dijo.—¿Necesitas algo de mí? Pide lo que quieras, menos dinero. Ya ves: doctor, profesor clínico, y tengo mil quinientas pesetas al año... con descuento. Menos que los que barren los ministerios.

El alegre doctor cesó de reír ante la gravedad de Maltrana. Este le habló de Feli y de su enfermedad.

—Vamos, es una queridita que te has echado—dijo el médico.

Isidro contestó afirmativamente. Sí, una querida á la que amaba como muchos maridos no aman á sus mujeres; una querida que podía gloriarse de una fidelidad que pocas esposas conocían.

—Bueno, adelante—dijo el médico levantando los hombros.—¿Y qué es lo que tiene?

Maltrana explicó las crisis de Feli, haciendo un esfuerzo para recordarlas en todos sus detalles.

—No digas más—interrumpió el doctor.—Los síntomas son claros. Pensaba bajar contigo á las Cambroneras para verla, pero ya no es necesario: eso es lo que llamamos nosotros eclampsia puerperal. Hay que provocar el parto, acelerarlo, ó

corre peligro de muerte. Tráela esta tarde; yo te esperaré en la Comisaría. La meteremos en la clínica de partos. Yo no estoy en ella, pero recomendaré tu socia al compañero, con grandísimo interés. Hasta la tarde, ¿eh?...

Tenía prisa: su catedrático le esperaba en la sala de profesores. Le mostró la entrada de la Comisaría, una puertecita algo más abajo del gran portalón de la Facultad. Allí, á las cuatro.

Y se fué sonriente, sin que el dolor de su camarada arañase el caparazón de indiferencia con que parecían acorazarle las desdichas humanas.

Por la tarde abandonó Feli su casa. Fué una marcha lenta que hizo sufrir mucho á Maltrana. Al verla pasar la puerta del tabuco creyó percibir en su oído un lamento desgarrador. Se iba para no volver: se cumplirían los presentimientos de la enferma. ¡La perdía para siempre!

La cuesta de las Cambroneras y el paseo de los Ocho Hilos, fué una calle de Amargura. Feli, envuelta en su mantoncillo, cubierta la cabeza con un pañuelo que formaba visera sobre sus ojos, avanzaba con torpe paso apoyándose en su amante.

Sus piernas hinchadas apenas podían moverse: el abdomen monstruoso la atormentaba con peso sofocante. Las largas semanas de inacción en su casucha de las Cambroneras, habían entorpecido los resortes de su movilidad. Deteniase á los pocos pasos; se dejaba caer, jadeando, en todos los bancos y poyos del paseo.

La Teodora quiso acompañarla hasta la Fuentecilla, animándola con sus palabras y gesticulaciones gitanescas.

—Arriba, mi niña... A ver cómo echamos unos pasitos más: á ver cómo se mueven esos *pinreles* bonitos.

Y volviéndose hacia Maltrana murmuraba con expresión llorosa.

—Está muy malita, don Isidro. ¡Qué bien jase usted en llevársela!...

Pasaron la puerta de Toledo, y en la Fuentecilla se separó la gitana, después de dar varios besos á la enferma.

—Que el *Baró* der cielo te ponga pronto buena: que su santísima mare no se aparte de ti. Adiós, terronsito de azúcar; adiós, armendrita durse...

Y sus últimas palabras ya no se oyeron, pues se alejó con la cara oculta en el delantal.

Isidro hizo subir en un carruaje de alquiler á la llorosa Feli, conmovida por los adioses de la gitana. Recordaba el joven los primeros tiempos de su amor, cuando vagaban por las cercanías de Madrid, ocultándose de las gentes. Desde entonces no habían ido en coche. Ahora, todo el dinero que guardaba en el bolsillo, una peseta y algunas monedas de cobre, era para pagar esta carrera de dolor, la última, tal vez, que harían juntos.

Entraron en la Comisaría por entre varios grupos de mujeres andrajosas, con niños al pecho, y hombres de misero aspecto, todos mostrando repugnantes enfermedades, cegueras purulentas, costras roedoras, abcesos que desfiguraban sus miembros, retorciéndolos. Esperaban su turno, para la consulta gratuita. Un fuerte olor de anti-sépticos impregnaba el ambiente.

Nogueras, el alegre doctor, les vió por un ventanillo del despacho inmediato y salió á su encuentro. Miraba con fijeza á Feli, y ésta bajó los

ojos, avergonzada... ¡Pchs! No era gran cosa como mujer...

Quedaron los dos amantes frente á frente, en una situación embarazosa.

Maltrana, al venir en el carruaje, estremeciase pensando en el horror de la separación: llantos, gritos, abrazos y tal vez un nuevo ataque de la enferma.

No fué así; no hubo nada de esto. Sólo un silencio, una sencillez en la separación, más desgarradora que los extremos ruidosos de dolor.

El médico habló de las recomendaciones que había hecho á su compañero de la clínica de partos. Tenía ya su cama reservada; hasta había interesado á la monja del departamento.

—Cuando usted quiera, la acompañaré—dijo mostrando cierta prisa.

Por fin, se miraron, sin una lágrima, sin un suspiro, abriendo los ojos desmesuradamente, con expresión de terror. ¡Iban á separarse!...

Ella fué la primera en dar un paso. ¡Ay, el valor de las mujeres!...

—Adiós, Isidro.

—Adiós, Feli.

Sus voces eran gemidos, pero no lloraron, no se atrevieron á besarse, á estrecharse las manos en presencia del mediquillo burlón y de aquellos enfermos que les miraban fijamente.

Ella se alejó por un corredor oscuro, precedida por el médico. Su paso vacilaba... pero no quiso volver el rostro atrás, como si temiese perder toda su firmeza.

Maltrana salió á la calle, y á los pocos pasos hubo de apoyarse en la pared. Tenía frío: un frío de sepulcro, que se le colaba hasta el alma. Lucía el sol de la tarde, un sol que Isidro no había visto

nunca; un sol oscuro, empañado, fúnebre, como si el astro del día enviase sus rayos al través de negra urdimbre; como si estuviese envuelto en un crespón.